

cegaba el manantial de sus riquezas, lo que no tardaron en observar los que la gobernaban, imploraron la clemencia del Papa, enviándole embajadores plenipotenciarios. Reconocieron que su ciudad y territorio pertenecían á la iglesia romana aun en lo temporal, convinieron en pagarla un censo ó tributo anual de ocho mil florines de oro, y dieron palabra de no admitir en ella á Luis de Baviera ni á ningun Emperador, sin el permiso de la Santa Sede. Levantó Benedicto el entredicho, restableció la universidad, y dió la absolucion, teniendo la condescendencia de nombrar gobernador de Bolonia por tres años á Tadeo Pópoli, que habia sido el gefe de sus conciudadanos en el tiempo de las turbulencias.

no: *Vexilla Regis prodeunt*, prosiguiéndolo los cardenales y todo el clero. El día siguiente mandó el Pontífice dar gracias al Todopoderoso, hizo procesiones, concedió indulgencias, celebró la misa y predicó muy oportunamente comparando la batalla del Salado á las de David con los filisteos con mucha propiedad y gracia. A esta gran victoria se siguieron otras de no poca consideracion: en 1342 la escuadra combinada de Castilla y Portugal destruyó toda la armada marroquina: en 1344 despues de veinte meses de sitio y diferentes acciones, en las que siempre fueron arrollados los moros, se entregó al Rey de Castilla la ciudad de Algecira. La fama de estas victorias hinchó de alegría á toda España y á todos los cristianos de Europa, por quedar acabada la guerra de los moros, vencidos dos poderosos Reyes, y quebrantadas de todo punto las fuerzas de África. El Papa Clemente VI celebró con grandes fiestas la toma de Algecira, y erigió su iglesia en catedral como se lo habia pedido el Rey. Ortiz, lib. 10 et 11. = Rain. ad ann. 1344, num. 52.

25. Redujéronse á la obediencia del Papa con esta prudente moderacion muchas ciudades de Lombardia que habian seguido el partido de Luis de Baviera y del Antipapa, y en especial las de Cómó, Novara y Vercelli (1); y declararon que se sujetarian á sus órdenes, aun por lo tocante al castigo de los excesos cometidos contra él y la iglesia romana: que no creían que el Emperador pudiese depouer al Papa reinante y establecer otro, antes bien tenian esta máxima por herética; prometian que nunca volverian á ser adictos á Luis de Baviera ni á ningun cismático. Pedian perdon por haber obedecido á este Príncipe y á Mateo Visconti, y por haber recibido los nuncios de Pedro de Corbiere. En vista de tantas seguridades de un arrepentimiento sincero, Benedicto los absolvió de las censuras.

La ciudad de Milan, que estaba por último sujeta á Juan Visconti, hijo de Mateo, rompió tambien todos los lazos con que adheria al cisma. Poniéndose Juan de acuerdo con su hermano Luquin, obispo de Novara, que se habia ya conformado con la abjuracion de esta ciudad, envió un comisionado al Pontífice para hacer la suya. Prometió á ejemplo de sus vecinos no seguir nunca el partido de Luis de Baviera ni de ningun Emperador á quien no reconociese el Pontífice, y pagar cincuenta mil florines de oro al Papa y á los cardenales para ocurrir á los daños y perjuicios causados por él ó por su familia á los legados y á los nuncios romanos.

(1) Ughell. tom. 5. pag. 300. = Rain. ann. 1341. num. 20.

Al propio tiempo convino en que el imperio estaba vacante, y declaró que correspondiendo al Papa su administracion en este caso, queria recibir de la santa Sede el gobierno de Milan y de sus adyacencias. Concedióselo el Papa en efecto á los dos hermanos mientras viviesen, con la plenitud de la jurisdiccion temporal, como vicarios de la iglesia romana en la vacante del imperio; y absolviendo al gobernador y á todos los ciudadanos, les impuso en penitencia por lo pasado algunas fundaciones pias y limosnas anuales.

26. De este modo procuraba facilitarle todo la virtud pacífica de Benedicto XII, cuando una enfermedad que padecia en las piernas, algun tiempo habia, le precipitó súbitamente en el sepulcro. Pretendiendo los médicos detener el humor que manaba en cantidad extraordinaria, murió de resultas de esta operacion el dia de San Marcos, 25 de Abril de 1342. No recibieron de él sus parientes en vida y en muerte mas que egemplos de modestia y de todas las virtudes cristianas. La gran leccion que nos dejó, nos enseña toda la serie de su pontificado, á saber, que con la prudencia y la sencillez evangélica, sin valerse de las intrigas de las cortes, es posible guiar á los pueblos y á los Príncipes por el camino de la salvacion, y agradarles, aunque se les contradiga cuando lo exige el cumplimiento de la obligacion. Afirman los historiadores contemporáneos que se hicieron curaciones milagrosas en su sepulcro; y otros que escribieron despues le dan

el título de beato, fundados únicamente en la excelencia de sus virtudes, y no en un juicio ó decision de la Iglesia. Doce dias despues de su muerte, esto es, el 7 de Mayo, nombraron por sucesor suyo, con el nombre de Clemente VI, al cardenal Pedro Rogerio, aquel antiguo arzobispo de Sens que habia defendido al clero con tanto aplauso contra Pedro de Cugnieres.

27. Habia tomado siendo jóven el hábito de benedictino en la abadía de la Silla de Dios en la Auvernia; pero aunque criado en la soledad como su predecesor, no habia conservado como él la regularidad rígida y el amor de la sencillez. Despues acostumbrado á vivir en la corte, donde habia sido canciller de Felipe de Valois, y con un genio afable, franco, condescendiente, y de cincuenta años cuando obtuvo el pontificado, gustó siempre de verse muy acompañado, y conservó toda su vida un aire de magnificencia, sostenida por sus liberalidades, y por una nobleza en el modo de pensar verdaderamente digna del trono, aunque menos propia quizá para el imperio espiritual de Cristo, en el cual compensó sin embargo estos defectos con tanta amabilidad y beneficencia que los hizo olvidar casi de todo punto. Tuvo este Pontífice por excelencia el don de hacerse amar de todos los que le rodeaban.

Nada anheló con mas ardor, guiado de este buen genio, despues de dar parte de su eleccion á los Príncipes cristianos, que restituir la paz á los de

Francia é Inglaterra. Mas no era el encono de estos augustos y poderosos rivales de tal naturaleza que cediesen á las amnestaciones pacíficas de los sacerdotes del Señor, puesto que no se peleaba por algunas posesiones particulares, sino por la corona de Felipe, cuyo título se habia arrogado Eduardo á instancias de un vil enredador flamenco y del Emperador Luis de Baviera. Pudieron lograr solamente los obispos de Palestina y Frascati, enviados por el Papa, una tregua de tres años, casi tan pronto violada como concluida. No estaba aun la Francia en el estado de humillacion á que llegó en el mismo reinado á causa de la funesta batalla de Creci, sin embargo de poder parecer poco considerable en comparacion de los males reservados al reinado siguiente.

28. Clemente VI no tardó en demostrar un grande afecto á su patria en el nombramiento que hizo de diez cardenales, entre ellos un hermano suyo, un sobrino, un primo y dos paisanos, esto es, lemosinos, en todo nueve franceses y un solo italiano, á saber, Andrés Malpighi, establecido mucho tiempo antes en Francia, donde fundó el colegio que se llama todavía en Paris *de los lombardos*. Promovió Clemente algun tiempo despues á dos franceses al honor del cardenalato, y en este corto número no se olvidó de otro sobrino suyo, de cuya educacion habia cuidado él propio, y por quien manifestó todo el sacro colegio tomar tanto interés como el Pontífice. El modo con que se hizo esta

promocion, y con que se esplicó Clemente acerca de ella en el consistorio, pinta al natural la sencillez y la ingenuidad de este Pontífice. „Bien sabe Dios (decia en el dia del sábado) que el jueves por la mañana no me habia ocurrido siquiera la idea de hacer una promocion (1). Pero al anochecer se me entregaron de la Reina de Francia unas cartas en que me estrechaba á que concediese el capelo que me habia pedido ya con muchas instancias para Pedro Bertrando.” (Era sobrino del que habia servido con tanto celo á Clemente, cuando no era mas que Pedro Rogerio, contra Pedro de Cugnieres). „Si yo hubiese previsto (añade) que debia hacer una promocion, la hubiera hecho mas numerosa, y hubiera elegido algunos italianos.” Observamos que él propio conocia los inconvenientes de la predileccion con que miraba á los franceses.

29. Enviáronle entretanto los romanos una embajada solemne, para rogarle que no permitiese que sus propios hijos estuviesen llorando mas tiempo la ausencia de su Padre y de su Pastor. Los principales individuos de la diputacion, que constaba de diez y ocho personas de los diferentes órdenes de la república, eran Francisco Petrarca y Nicolao Rienzi, varones distinguidos por el talento de la persuasion, y por la energía y entusiasmo que no tienen menos poder para triunfar de la resistencia del ánimo que de la que oponen las armas. Arregaron al Papa los dos cabezas de la diputacion, ca-

(1) *Baluz. vit. pag. 869.*

da uno segun su genio: Rienzi en prosa, con un estilo vehemente y fogoso; Petrarca en versos tan fáciles como el language comun, con toda la amenidad y ternura que debian caracterizar al padre de la poesía italiana. Su mayor empeño fue representarle la iglesia romana como una esposa que le parecia digna de ser amada antes de unirse con él, y que no podria menos de desfallecer entregada á la confusion, si despues del vínculo recíproco é indisoluble con que estaban unidos, se mostraba su inclinacion hácia ella convertida en fastidio y en indiferencia (1). Trató el Papa á los embajadores con su afabilidad acostumbrada, pero sin condescender con los deseos del pueblo romano. Lo único que pudieron lograr, entre los varios objetos á que era estensivo su encargo, fue la reduccion del jubileo secular ó de cien años, á la mitad, en atencion al corto número de personas que podian alcanzar el año centésimo.

Volvió el Petrarca con sus compañeros poco satisfecho á Italia, cuya residencia habia preferido á la de Francia algunos años antes, cuando ofreciéndole Roma y París en un mismo dia la corona poética, quiso mas bien ir á recibirla en el antiguo pais de Horacio y de Virgilio, que entre los nuevos imitadores de las musas antiguas. No concedió sin embargo una preferencia irrevocable á las orillas del Tiber con exclusion de las del Ródano, de las que se habia retirado anteriormente en el pontificado

(1) *Lib. 2. ep. 5.*

de Juan XXII, despues de esperar en vano algun empleo considerable. Pero no tardó en ofrecerle un nuevo atractivo la corte de Aviñon, ó por mejor decir, la Quinta de Valclusa. Compuso allí sus poesias mas interesantes, hasta que la muerte de la célebre Laura de Sada le hizo odioso el pais de Provenza, y le obligó á retirarse á las haciendas de su padre en las cercanías de Pádua, de cuya catedral fue canónigo, como tambien arcediano de Parma. Era natural de Arezzo, habia estudiado en Francia, y debia su aficion á la poesía á la escuela de Mompeller.

Rienzi, de un genio mucho mas exaltado que el Petrarca, hizo del parlamento ó congreso que se celebró en Roma para oír la relacion de la embajada, una verdadera faccion de conjurados contra la potestad pontificia. Este atrevido hijo de un molinero, este hombre que en otro tiempo se consideró feliz por haber logrado hacerse escribano, persuadió á los romanos que restableciesen la antigua dignidad de tribuno del pueblo, y se manejó de tal modo que recayó en él por aclamacion. Lisongeólos con la esperanza de restituir á Roma su antiguo esplendor, y de volver á estender su dominacion por todo el universo, y declaró que el imperio y la eleccion del Emperador pertenecian á aquel pueblo rey, citando ante sí, con término fijo, á todos los Príncipes que pretendian tener derecho al imperio ó á la eleccion del Emperador. Administró al principio justicia con la mayor exac-

titud, persiguiendo sin intermisión á los bandidos que estaban apoyados por varios señores, y tomó unas providencias tan eficaces para asegurar la tranquilidad pública, que se podía andar por todas partes de día y de noche sin ningun recelo. Mas habiéndose grangeado generalmente el odio por su insolencia, avaricia y crueldad, arrojéronle de Roma y anduvo algun tiempo errante y fugitivo, hasta que cayó en poder del Papa, que mandó ponerle preso en Aviñon, donde permaneció en la cárcel hasta la muerte de Clemente VI. Sacóle de ella el Papa siguiente, y le envió á Roma en clase de senador, con la esperanza de valerse de él contra otro tirano llamado Baroncelli, á quien despedazó el pueblo. Rienzi tuvo al cabo de cuatro meses la misma suerte por haberse abandonado segunda vez á la injusticia, á las exacciones y á todo género de violencias. ¡Tales eran los efectos continuos de la especie de anarquía á que se hallaba reducida la ciudad de Roma con la larga ausencia de los Papas!

30. La liberalidad, ó por mejor decir, la prodigalidad de Clemente VI que nada sabia negar á la interesada y numerosa caterva de prelados que le rodeaban á todas horas, prolongó tambien el abuso de las reservas, de las expectativas y de las encomiendas. Era magnífico con especialidad en sus donativos, y quiso dar rentas á su arbitrio al gran número de amigos y parientes, á quienes habia condecorado con el cardenalato, y confirió beneficios en los dominios de Inglaterra á dos cardenales le-

mosinos. El Rey Eduardo el Grande no quiso permitir que pasase la substancia de sus estados á unos extranjeros que ni les hacian ningun bien ni ponian los pies en ellos. De consiguiente mandó prender á los administradores que habian enviado, y los arrojó vergonzosamente de su reino (1). Luego que lo supo el Papa, escribió á Eduardo en estos términos: „No hay cosa mas justa al instituir nuevos cardenales, que suministrarles lo necesario para su subsistencia segun su estado, como que entran á la parte con nosotros en los trabajos del gobierno de la Iglesia; y bien considerado, no hemos hallado otros medios menos gravosos á los fieles que proveer en estos dignos cooperadores los beneficios que están vacantes, ó que vacaren en diferentes países, hasta completar una cantidad determinada. Podeis informaros de si hemos concedido iguales gracias en casi todos los estados católicos á los demás cardenales de nueva creacion. Estas disposiciones no han causado en ninguna parte rebelion ni violencia. Pensadlo bien, carísimo hijo mio. No teneis vos menos interés ni os resultará menos honor de que los cardenales, que tanto desean complaceros, os estén inseparablemente adictos en fuerza de su agradecimiento.”

Sin detenerse el Rey en estas reflexiones de pura conveniencia, consideró el asunto en su respuesta por los primeros principios. „Es nótorio, dice, que desde el origen del cristianismo se fundaron

(1) Tom. Valsing. pag. 63.

las iglesias con rentas y privilegios á fin de mantener en ellas unos ministros activos que instruyesen á los pueblos y procurasen la propagacion de la fe. ¡Y qué triste cosa es que por las provisiones que dimanán de Roma caigan estas rentas en manos de sujetos indignos, ó á lo menos de extranjeros que no residen en sus beneficios, no conocen á sus ovejas, no entienden su lengua, y buscan únicamente el lucro en la casa de Dios! De este modo pierde su Magestad el culto divino, se mira con indiferencia el cuidado de las almas, se acaba la hospitalidad, se abrogan los derechos de las iglesias, y se arruinan sus fábricas. Entretanto los hombres doctos y virtuosos de nuestro reino que podrian dirigir útilmente las almas, abandonan los estudios porque no tienen esperanza de conseguir ningun beneficio. Por otra parte el derecho de patronato, así el de nosotros como el de nuestra nobleza, quedá sin efecto, los derechos de nuestra corona decaen vergonzosamente, y las riquezas de Inglaterra pasan á los extranjeros, y tal vez á nuestros enemigos. Todos estos desórdenes se nos han espuesto poco ha en nuestro parlamento; le han parecido intolerables, y nos han suplicado todos á una voz con las mayores instancias que apliquemos pronto y eficaz remedio. Por tanto, llevad á bien que las elecciones libres subsistan en nuestras iglesias catedrales y en las demás, pues por lograr esta libertad convinieron nuestros antepasados en despojarse de su derecho de colacion, y de ningun

modo por favorecer á las pretensiones de los extranjeros.”

Sin embargo de estas disposiciones del Rey de Inglaterra, se reservó el Papa el obispado de Norwich que vacó entonces, y le proveyó despues en Guillermo Barman. No quiso Eduardo romper con el Pontífice por este hecho particular, y concedió el goce de las temporalidades á Barman, así en consideracion á su mérito personal, como por respeto á la Cabeza de la Iglesia. A lo menos se esplicó de este modo en la carta que escribió desde luego á Clemente; pero le pidió, con un tono que no daba motivo para esperar la misma deferencia en lo sucesivo, que sobreyese absolutamente en las reservas y provision de los obispados, y que dejase á los cabildos la libertad de las elecciones, que les habian cedido sus antepasados, lo cual (añade) mereció la confirmacion de la santa Sede. No le disimuló que miraria los procedimientos contrarios como otras tantas usurpaciones de los derechos de su corona; que su parlamento no dejaria de darse en tal caso por tan ofendido como él, y que los grandes prelados del reino no habian llevado á bien que recibiese al obispo de Norwich.

„Parece que quereis darme á entender, respondió el Papa, que á vuestros parlamentos les es lícito establecer reglas acerca de las reservas y provisiones de los beneficios, y que las que hace la santa Sede dependen de vuestra voluntad, como si pudieseis limitar nuestras facultades á vuestro arbi-